

§ IV.

Pues ¿qué será cuando pasado todo esto vendrá aquel fuego abrasador profetizado en las divinas Letras, que ó bajará del cielo ó subirá del infierno (1)? Y según san Alberto Magno (2), será uno y otro, el cual irá abrasando y consumiendo cuanto topare. ¡Qué harán los miseros cuando vean aquel río de llamas, ó, por mejor decir, inundación y diluvio que se les va ya acercando, y no tengan donde acogerse! ¿Qué les podrá valer allí, sino la vida santa? Porque todo lo demás acabará aquel general incendio del universo que entonces empezará. ¿Qué aprovecharán á los mundanos sus vajillas de oro y plata, sus ricos bordados, sus tapicerías preciosas, sus jardines compuestos, sus altos palacios, y todo cuanto en el mundo estiman? ¿Qué les podrá aprovechar lo que verán arder con ellos mismos? Porque á sus mismos ojos verán quemarse los brocados de sus tapicerías, derretirse las ricas piezas de oro, y abrasarse sus amenos y floridos huertos, y sin poderlo remediar, ni librar á sí mismos, todo se abrasará, y con esto morirá el mundo, y cuanto memoria y fama en él hubo; porque lo que pensaban los mortales que tenían inmortal entre los hombres entonces acabará de morir. Ya no se citará á Aristóteles en las cátedras, ya no se alegará á Ulpiano en los tribunales, y no se leerá Platon entre los eruditos: ya no imitarán á Ciceron los oradores, ya no se admirará Séneca entre los entendidos, ya no se alabará á Alejandro entre los capitanes, porque ya murió toda fama, y se olvidó toda memoria. ¡Oh vanidad de los hombres, cuya memoria es tan vana como ellos mismos, la cual á pocos años perece, y la que mas durare no puede durar mas que el mundo! ¿Qué se hizo la estatua de oro macizo que colocó en Delfos Gorgias Leontino para eternizar su nombre, y la de Gabrion dorada en Roma, y la de Beroso con su lengua de oro en Atenas, y otras innumerables que se levantaron á diversos capitanes, de bronce y mármol durísimo? Por cierto mucho há que perecieron, y si no hubieren perecido, perecerán en este incendio; solo á la virtud no podrá abrasar ningún fuego.

Trescientas y setenta estatuas levantaron los atenienses á Demetrio Falereo por haber gobernado diez años su república con grande demostración de virtud y prudencia; pero fue tan poco durable esta memoria, cual las mismas prendas de ella, que levantó el agradecimiento, destruyó la envidia; y el mismo que vió levantar sus estatuas en tan gran número, las vió tambien derribar; pero tuvo este consuelo, que podían tomar los cristianos, porque viendo como echaban en tierra á sus imágenes, dijo: por lo menos no podrán derribar las virtudes por cuya causa se me levantaron estatuas. Si fueran verdaderas virtudes, dijo bien; por-

(1) Vide P. Gran, de noviss. — (2) Albert. Mang. in compend. Theol.

que estas no podrá derribar la envidia, ni el poder humano destruir, y lo que mas es, ni el poder divino las consumirá en este estrago del mundo; antes eternizará en su memoria eterna á cuantos perseveraren en ellas muriendo en su gracia. Solo la caridad y virtud cristiana no se acabará aun despues de acabado el mundo. De los triunfos de grandes capitanes que vencieron á poderosos reyes bien poco duró su vista, y su memoria poco mas. Aun ahora, ¿qué pocos son los que saben que Metelo triunfó del rey Jugurta; Aquilino del rey Aristónico; Atilio del rey Antioeo; Marco Antonio del rey de Armenia; Pompeyo del rey Mitridates, y Aristóbulo, Jarba y Emilio de Perseo; Aurelio emperador de Cenobia, reina de los palmirenos? Pues si esto apenas lo saben mas que los libros mudos y el papel muerto, cuando este tambien se acabe, ¿cómo quedará su memoria? ¿Cuántas historias ha ya consumido el fuego, y no se sabe mas de ellas que si no hubieran pasado? Ni aprovecha obrar ni escribir para hacer inmortal la memoria de los hombres. Aristarco escribió mas de mil comentarios diversos, y ya no ha quedado ni un renglon suyo. Crisipo escribió setecientos volúmenes, y aun no ha quedado una hoja de ellos. Teofrasio escribió trescientos volúmenes, y apenas duran tres ó cuatro. Sobre todo esto es lo que se dice de Dionisio Gramático, que llegó á escribir tres mil y quinientos libros, y ya no tenemos de él ni una plana. Mas es lo que Jámblico testifica del grande Trimegistro, que compuso treinta y seis mil quinientos veinte y cinco libros, y es como si no hubiera escrito una letra, porque cuatro ó cinco pliegos que andan con su nombre aun no son suyos. Ni libros ni librerías deja el tiempo en pié, aun antes que se acabe el mismo tiempo. El rey Ptolomeo allegó una grandísima librería en su corte de Alejandría, ayudándose para ello de Aristóteles, y despues de Demetrio Falereo: recogió en ella cuantos libros pudo de Caldea, Egipto y Roma, llegó hasta sesenta mil cuerpos; pero en la guerra civil de los romanos pereció con el incendio que causó Julio César. Otra rara librería de los griegos, de Policrates y Pisistrato, la despojó Jerjes. La librería de Bizancio, que tenia ciento y veinte mil libros, tambien se quemó en tiempo de Basilisco. La de los romanos del Capitolio, con un rayo que cayó en tiempo de Cómodo, se resolvió en ceniza. Y ahora, ¿qué tenemos de la librería de Pérgamo, donde habia doscientos mil libros? Aun antes del mundo mueren las cosas mas constantes del mundo; y ¿qué mucho que las memorias de papel se quemen, pues las de bronce se derriten, y las de mármoles se deshacen? Aquel prodigioso anfiteatro (1) que levantó de piedra Estabilio Tauro se quemó en tiempo de Neron, y no se pudo defender el duro mármol de la bravura de las llamas. Las grandes riquezas de Corinto, de oro y plata acendrada, con un incendio se derritieron, no pudiendo estos preciosos metales ni por su dureza resistir ellos, ni por su

(1) Vide Lysium in Amphit.

estima hallar quien los defendiese. Pues si este fuego particular hizo tal estrago en el mas florido tiempo del mundo, aquel incendio general que ha de acabar con el universo ¿cómo acabará con todo?

§ V.

Consideremos el pavor y estrago que causa una grande quema, para que por aquí veamos lo que causará la quema universal del mundo. ¿Qué lastimas habria en Roma cuando se abrasó por siete dias? ¿Qué alaridos resonarian en Troya cuando se vió toda arder en mil llamas? ¿Qué asombro y llanto habria en Pentápolis cuando fueron abrasadas sus ciudades con fuego del cielo? Unos dicen que fueron diez ciudades: Estrabon que trece (1): Josefo y Lira que cinco (2); lo que es de fe que fueron cuatro por lo menos las ciudades que con todos sus habitantes quedaron abrasadas. ¿Qué lágrimas habria en Jerusalem cuando vió envuelta en fuego y humo la casa de Dios, la joya de su reino y la maravilla del mundo? Y para que nos acerquemos mas á nuestros tiempos, cuando un rayo del cielo que cayó en la ciudad de Estokolmo, capital de Suecia (3), levantó tal fuego que la abrasó casi toda, quemándose en ella mil y seiscientos hombres; los demás, que era multitud innumerable con mujeres y niños, queriendo escapar por mar del incendio, y cargando demasiado á los navios, se anegaron todos. Juzgue uno qué sentiria aquella gente cuando vieron quemarse sus casas y haciendas sin poderlo remediar, y que el marido oia los gemidos de su mujer, y el padre de sus hijos que se estaban abrasando, y que no los podian librar. Y el que se hallase cercado (sin pensar) de llamas por todas partes, y que dando voces nadie le venia á favorecer, ¿cómo tendria el corazon? Pues los que fueron forzados á huir del fuego de la tierra á las aguas del mar, ¿con qué susto y apresuramiento entrarian á embarcarse? ¿Qué pasmo les causaria cuando trastornando el navio se viesen pelear con las olas del océano, por querer escapar del incendio de su patria? ¿Qué aprieto será el de aquel incendio general, pues los que escaparán de los terremotos, de las inundaciones del mar, de las furias de los torbellinos, de los rayos del cielo, vendrán ahora á parar en el fuego, en aquel diluvio de llamas que los abrasará, y acabará con hombres y con las memorias de los hombres? De los que fueron antes del diluvio (con haber quedado en pié el género humano), si no es de los pocos que cuenta la Escritura, no sabemos nada de ellos, y por heróicos hechos que algunos hubiesen hecho, y ganado por ellos fama incomparable, allí quedó sepultada en las aguas, y no hay mas de ellos que de los que nunca nacieron. Pues no ha de ser mas poderosa la fama de los que ahora resuenan en

(1) Steph. l. de ve. Strab. lib. 16. — (2) Vide Lorinum in c. x Sapiéntiæ.
(3) Alber. Krent. Suec. l. 3, c. 3.

los oidos del mundo. Ciro, Alejandro, Anibal, Scipion, César Augusto, Platon, Aristóteles, Hipócrates, Euclides; porque no quedando mundo no quedará fama en él; con este fuego acabará todo su humo.

No sin conveniente proporcion ha de parar el mundo en fuego, pues está ahora todo lleno de humo. Pocas comparaciones hay que mas declaren lo que es el mundo que la que aprendió san Clemente Romano de san Pedro apóstol (1). Dice que el mundo es como una casa llena de humo, el cual ciega los ojos y no deja ver las cosas; así es que este mundo con sus engaños nos ciega, para que no veamos las cosas como son. La ambicion, la honra humana de que está lleno, no es mas que humo sin sustancia ni tomo, que ciega nuestros entendimientos para no conocer la verdad; y no es maravilla que venga tanto humo á parar en llamas. El humo de los montes Vesubio y Etna, cuando viene á parar en fuego, y revientan en prodigiosos incendios, han espantado al mundo, y rios de fuego han corrido de sus volcanes (2). El Vesubio está junto á Nápoles, y ha salido de él fuego con tal impetu algunas veces, que las cenizas han llegado hasta Constantinopla y Alejandria, como testifican graves autores. Del monte Etna escribe san Agustín (3), que sus cenizas hundieron á la ciudad de Catania. En nuestros tiempos, cuando ha reventado el Vesubio, ha atemorizado á los mas apartados y seguros, solo con su fama. Y ahora recientemente año de 1638, cuando á 3 de julio, cerca de la isla de San Miguel, una de las Terceras, reventó fuego debajo del mar de altura de ciento y cincuenta brazas, y venciendo todo el peso de tantas aguas, llegaban las llamas á las nubes, hizo temblar aun á los que estaban mas distantes. Pues ¿con qué furia saldrá aquel incendio general del orbe? La parte que saliere del infierno ó debajo de tierra llenará el mundo de cenizas antes que le envuelva en sus llamas; y la parte que bajará del cielo ¿qué impetu y violencia traerá? Porque si un solo rayo espanta, aquella lluvia de fuego ¿cómo parará al mundo? El sobrino de Abraham, Lot, con tener segura su conciencia y promesa de los Ángeles de Dios que por su causa no se abrasaria la ciudad de Segor, para que él se guareciese en ella, estaba tan espantado del fuego (aunque no le vió) que cayó sobre las otras ciudades de aquel valle de Pentápolis, que no teniéndose por seguro, se acogió á los montes. Pues ¿qué consejo tomarán entonces los pecadores que tendrán la conciencia contra sí, y verán abrasarse el orbe? ¿Dónde irán á guarecerse, pues ningun lugar estará seguro? Subirán á los montes, pero allí les perseguirán las llamas. Bajarán á los valles, y allí les acometerá el fuego. Encerrarse han en los castillos y ciudades mas guarnecidas de fosos y murallas, mas allí les buscará la ira de Dios, y aquel incendio saltará

(1) Clem. Roman. in epíst. — (2) De Vesub. Zon. in Tito. Procop. lib. 2. Gottb.
(3) De Ethna. S. August. lib. 3 de Civit. c. 13.

los fosos, y abrasará las piedras vivas, y acabará hasta sus nombres, pues ha de acabar con todo.

Fuera del desprecio de todo cuanto estima el mundo, que hemos de sacar de este incendio suyo, podremos echar de ver lo abominable que es el pecado, pues para purificar Dios al mundo de las inmundicias que le han pegado nuestras culpas le quiere limpiar con fuego, como antiguamente le lavó con las aguas del diluvio. Tales son nuestros pecados, que por solo haberse cometido en el mundo, es el mismo mundo condenado á que muera (1). ¿Qué se hará de los mismos pecadores? Pero de este fuego tan tremendo escapan los santos que entonces hubiere vivos, para que se vea que fue por los pecados, y que nada puede aprovechar sino la virtud y santidad. No podrán escapar al rico sus riquezas, ni al robusto sus fuerzas, ni al astuto sus industrias, y solo librarán al justo sus virtudes. No habrá remedio de librarse de este incendio por mar en navio, ni en tierra á uña de caballo; porque á las mismas aguas abrasará, y á la mejor costa alcanzará: solo la santidad y caridad defenderá á los siervos de Cristo, á los cuales todas las tribulaciones de aquellos tiempos servirán para purificar sus almas; porque satisfaciendo con ellas por sus pecados, purgarán con merecimiento lo que en el purgatorio habian de hacer sin él. Notó Alberto Magno la conveniencia de los elementos con que determinó Dios acabar dos veces con el mundo. La primera vez lo hizo por agua, contra el fuego de la carne y ardor de la concupiscencia que tan enormemente tiranizó toda la virtud antes del diluvio universal. La segunda vez lo ha de hacer con fuego, contra la frialdad de la caridad que en los dias últimos del mundo ya envejecido ha de haber. Pues así como del diluvio de aguas solo el casto Noé, porque fue muy continente en el matrimonio, y antes castísimo, escapó con sus hijos y mujeres, que guardaron castidad todo el tiempo que estuvieron en el arca; así tambien en el incendio último del mundo no morirán en él los justos que estuvieron llenos de caridad. No vinieron las aguas del diluvio sobre el que no tuvo el fuego de amor carnal, ni acabará este diluvio de fuego á quienes tuvieron el fuego del amor divino.

CAPÍTULO VIII.

Como debia el mundo acabarse con fin tan espantoso, y en que se hiciese juicio general de todo él.

El tener fin las cosas temporales era bastante causa para su desprecio; porque todo lo que ha de venir á no ser está muy cerca del mismo no ser, y dista muy poco de la nada: lo cual debe tenerse en poca mas estimacion que la nada. Pero añádese á esta condicion del fin la cir-

(1) Lesius, de perfect. divin. lib. 13, cap. 10.

cunstancia tan notable del modo del fin tan espantoso y terrible que han de tener las cosas (como habemos visto), y para eso me he detenido tanto en declararle, para que se echase de ver en este modo de remate tan extraño lo que ha añadido nuestra malicia con el abuso que de las cosas tiene, porque las hemos puesto tales con nuestros vicios, que son mucho menos por culpa nuestra, que ellas son por condicion suya, y así son, como están ahora, muy para despreciarse. Los deleites naturales mas puros y menos dañosos son por su naturaleza que lo que los ha hecho la malicia humana, volviéndolos mas costosos, mas peligrosos, mas difíciles y así menores, cuanto mas tienen de riesgo y de dificultad; porque no puede dejar de haber alguna pena donde se ve peligro, y cuanto hubiere de pena ó cuidado se quitará de gusto; porque tanto menos dulce será la miel, cuanto en ella se mezclare de hiel, y un generoso vino revolviendo con él un poco de vinagre se corrompe: en lo cual se echa de ver el desacierto de nuestro apetito, que por aumentar gusto los ha disminuido, y no ha inventado menos penas que ha procurado fabricar contentos, queriendo añadir nuevos gustos á los que nos señaló la naturaleza. La gula ya no se contenta con el manjar sabroso; sino que ha de ser costoso, y procura lo mas peregrino: no se contenta solamente con el sabor en el manjar, busca tambien el color y olor: no se contenta con que se guise la comida, sino que se ha de pintar: no solo se contenta con que se pinte, sino que quiere tambien que se adobe con varios aromas: ya no solo sal ó azúcar ha de sazonar lo que se come, sino ámbar y algalia. Ni se contenta el tacto con el abrigo del vestido, busca tambien en él color, forma y coste; porque siendo el vestido para cubrir y abrigar los miembros humanos, mas se gasta en hechura para que parezca bien á otros, que para que abrigue á quien le trae; y de la necesidad de la naturaleza tomó ocasion para alimentar los vicios, y sirven mas los vestidos á la soberbia y ambicion del ánimo que á la desnudez del cuerpo.

Pero ¿qué mucho no nos contenten estas cosas con su uso natural, si nuestra misma naturaleza no nos contenta por sí misma, y se buscan artificios con que se adulate? Tíñense el cabello no solo las mujeres, sino los hombres. La cara se quiere desmentir y la estatura, y con injuria del Criador se atreve la criatura á hacerse de otra manera que Dios la hizo. Tampoco las riquezas se miden ya por la necesidad humana, ni aun por la comodidad, sino por la arrogancia; y no tanto se mira en su adquisicion y uso por la vida y gusto, quanto por el fausto, por lo cual gastando mas quieren muchos perder el uso de ellas; porque siendo las riquezas para remedio de la necesidad, lo que con su uso bastara para quitarla, su abuso la aumenta. Y así suele ser que los mas ricos son los que carecen de mas cosas, y los mas poderosos sienten mayor necesidad, y están mas empeñados. La honra y fama está tan adulterada, que no solo se desea por las virtudes, sino tambien por los vicios. To-